

# Editorial

## 23

Tenemos jueces progresistas y tenemos jueces conservadores.

Es decir: si eso es así, no tenemos jueces.

Sobre ello, huelgan más palabras.

Pero sobre lo que quizás merezca la pena decir algo más es sobre el desprecio hacia las palabras y su buen uso que se manifiesta en tales expresiones. ¿Será cierto, como algún insigne procer llegara a proclamar sin rubor, que las palabras no importan? Tal es, en todo caso, lo que parece deducirse de la instalación de nuestra sociedad en el más desinhibido cultivo del eufemismo.

En la literatura española de otros tiempos era fácil encontrar expresiones como *"el señor juez era hombre de ideas progresistas"* o *"aquel juez era hombre de talante conservador"*. Tiempos aquellos, más cultos, en los que todavía se sabía que no había mérito alguno en tener talante, pues de eso todo el mundo necesariamente tenía ya que nada era en sí mismo, dado que el mérito o el demérito estribaba en tener uno u otro talante. Tiempos por eso mismo, también, en los que se reconocía que, por ser humano, el señor juez tenía sus ideas, de una u otra índole, pero que ello no impedía que, además de ser funcionario de la judicatura, pudiera ser a la vez, a la hora de ejercer su función, un auténtico juez. Y que un auténtico juez, en tanto tal, en el ejercicio de su cargo, no podía ser ni progresista ni conservador. Sino, tan sólo, ni más ni menos, juez.

Y por cierto ¿no deberían estar de acuerdo con esto tanto los progresistas como los conservadores? Pues, por lo que se refiere a la justicia, el progresista pone el acento en su extensión a todos y en la amplitud de

sus competencias, mientras que el conservador lo hace en la necesidad de conservar las tradiciones en las que ve el origen de su nobleza. Pero unos y otros comparten la idea de que su rasgo mayor ha de ser la imparcialidad.

De manera que si tuvieramos auténticos progresistas y conservadores auténticos, deberían ser ellos los primeros en denostar expresiones tan degradadas como las que abren este editorial.

¿Será entonces que tampoco tenemos de eso?

Sucede que las palabras importan. Que su buen y amoroso uso es condición material imprescindible de toda conducta ética. Y también: que la inmoralidad comienza siempre con el eufemismo.